

LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

El hecho de la resurrección de Jesús, es la piedra clave que sostiene la bóveda del cristianismo entero. Hubo después de la pasión un momento enigma en que los apóstoles, poco antes rudos, temerosos, desesperanzados y decaídos, se transforman de repente en convencidos pertinaces, propagandistas enardecidos y audaces aventureros de lo divino. Entre estos dos momentos históricos y psicológicos ocurrió algo que ellos aseguraban ser la resurrección del Señor. Si esto fue falso, queda inexplicable para siempre el fenómeno más sorprendente, universal y fecundo de la historia: el cristianismo

Entre todas las pruebas divinas de la legación sobrenatural de Jesús, es ésta sin duda la de mayor importancia.

1º Por sus características intrínsecas de claridad, ya que **la resurrección de los muertos es obra exclusiva de la omnipotencia divina**; por su bivalencia apologética, puesto que tal como se realizó encerraba un vaticinio y un milagro físico, y por su originalidad sorprendente **al mostrar Jesús que se resucita a sí mismo, caso único en la historia** y aun en la mitología pagana, **lo que demuestra su divinidad**. Jesús se declara siempre a sí mismo como autor de su propia resurrección: *Destruid, dice a los judíos, este templo y en tres días lo levantaré... Hablaba del templo de su cuerpo* (Juan. 2, 19 y siguientes); *Porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo, les decía en otra ocasión; (...) Tengo poder para darla y poder para tomarla de nuevo* (Juan 10, 17).

2ª Por la importancia extrínseca que le prestan los testimonios tanto de Jesús, que llegó en cierto modo a desestimar las otras pruebas en comparación de ésta (Mateo 12, 39 y siguientes), como de los apóstoles, que no temen exclamar: *Si Cristo no ha resucitado, vana es vuestra fe, aún estáis en vuestros pecados* (1 Corintios. 15, 17).

3º Por la trascendencia dogmática en orden a nuestra satisfacción, respecto a la cual queda equiparada con la muerte redentora del Salvador: *El cual fue entregado (a la muerte) por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación* (Romanos 4, 25). La muerte y la resurrección son como dos facetas de un mismo acto redentor: la muerte de Jesús es la causa meritoria de nuestra redención, su vuelta a la vida es la causa ejemplar; por aquélla aparecemos purificados de nuestros pecados, por ésta unidos victoriosos a

Cristo; la primera se presenta como la fuente de redención objetiva para todos los hombres, la segunda como la acción fecundante que aplica la redención objetiva a cada uno de los fieles mediante la obra del Espíritu Santo.

Orientación histórica. —Fuera de los judíos, que desde los comienzos fingieron el robo del cuerpo de Jesús (Mateo 28, 13 a 15), y de algunos escritores paganos de los primeros siglos, como Celso y Porfirio, la resurrección del Señor se había admitido por todos como base del cristianismo hasta la germinación de las escuelas racionalistas de los últimos siglos. Estos comprendieron la importancia del hecho, por lo que reservaron sus mejores armas para combatir aquella realidad, aun cuando sin dejar de confesar que, verdadero o falso, fue el detonador eficaz que iluminó la fe en el espíritu de los apóstoles y produjo la explosión del cristianismo en el mundo civilizado.

Véase cómo habla uno de los racionalistas más extremistas de la actualidad, M. Goguel: *«El cristianismo primitivo consistió en el culto de un Señor celestial y glorificado y descansó absolutamente sobre la idea de que Jesús después de haber expirado en la cruz triunfó de la muerte y penetró en la esfera de la vida divina... Esta fe constituyó el centro vital del cristianismo primitivo»*

A) NIEGA LA EXISTENCIA DE LAS PROFECÍAS SOBRE LA RESURRECCIÓN.-

I. Algunos hipercríticos, como A. Harnack, que las suponen interpolaciones posteriores, movidos, no por razones de crítica textual, sino porque requerirían algo sobrenatural que es imposible admitir. Otros, como R. Bultmann, M. Dibelius, etc., las juzgan productos de la primitiva comunidad cristiana según el método de las formas históricas de la tradición.

2. Ciertos protestantes liberales prefieren admitir la autenticidad de los textos apelando a un sentido espiritual o metafórico.

Según K. A. von Hase, fueron expresiones de Jesús referentes al triunfo del Reino mesiánico, interpretadas equivocadamente por los apóstoles. Th. Keim y O. Pfleiderer suponen que los discípulos sufrieron una confusión.

Otros, las quieren entender como ciertos fenómenos místicos.

Jesús, en diversas ocasiones, tras profetizar los detalles de su pasión y su muerte, añadió una frase taxativa y clara: *al tercer día resucitaré*. Hasta los enemigos las tomaron como fecha bien definida para el cumplimiento de ciertas prescripciones. He aquí los principales vaticinios a este respecto:

Profecías:

A amigos expresamente: En confesión mesiánica de Pedro, Mateo 16, 21. En la transfiguración, Mateo 17, 23. Subida a Jerusalén, Mateo 20, 19.

Mediante alusiones: Calladlo hasta que resucite, Mateo 17, 9. Resucitado os precederé en galilea, Mateo 26, 32.

A enemigos: a judíos, reedificaré este templo, Juan 2, 18. A escribas: os daré la señal de Jonás, Mateo 12, 39. A fariseos: daré mi vida y la recobraré Juan 10, 17.

Confirmaciones de que las profecías fueron dichas:

De ángeles. Como había predicho, Mateo 28, 6. De discípulos de Emaús: hoy es el tercer día: Lucas 24, 21. De príncipes de sacerdotes: ese impostor predijo, Mateo 27, 6.

No hay duda que Jesús empleó la palabra resucitar en sentido literal:

1. Todas las palabras de las citas arriba indicadas están tomadas en sentido propio y no metafórico, como lo prueba el contexto de estos vaticinios, en las que todas ellas tienen un sentido literal: escarnecer, azotar, crucificar, verbigracia, Mateo 20,19. Sería un absurdo de la hermenéutica el paso del sentido literal al sentido metafórico en el mismo párrafo.

2. Es imposible identificar con el Juicio final un hecho que ha de suceder antes que los apóstoles se trasladen al Galilea (Pero después que haya resucitado, *iré delante de vosotros a Galilea* (Marcos 14, 28) y con la fecha bien determinada de *al tercer día*.

3. los mismos enemigos lo reconocen así literalmente, cuando ordenan poner guardias en el sepulcro porque había anunciado su resurrección:

MUERTE REAL DE JESÚS

Atestiguan la muerte de Jesús los cuatro evangelistas, y San Pedro, San Pablo, etc.

La comprobación intrínseca se muestra por el recuerdo de los detalles que preceden a su muerte:

1º. Los crueles tormentos padecidos, sus sufrimientos, sudor y sangre, en el huerto de los olivos, los golpes, coronación de espinas, flagelación según el uso romano que bastaba por sí misma para producir la muerte (el *Flagrum* era un látigo con mango corto y con varias cadenas finas de hierro que terminaban en pequeños pesos, con el que se producían terribles daños al reo). Puesto que los sacerdotes y fariseos temían que no llegara al calvario, obligaron a Simón de Cirene a ayudarlo a llevar el madero (el *patibulum* o palo horizontal, al parecer, cuyo peso solía oscilar entre 34 y 60 kilos.; el vertical se llamaba *stipes* que solía estar plantado en el lugar de la crucifixión). En semejante estado de agotamiento tuvo lugar la crucifixión y dolores subsiguientes. Finalmente, la lanzada con suficiente profundidad para que el Apóstol santo Tomás metiera la mano.

2º Las ceremonias preparatorias para la sepultura según la costumbre semita, con las apretadas vendas que envolvían todo el cuerpo, oprimiendo órganos vitales, y con el empleo de cien libras de ungüento recubriendo todo el cadáver, hubieran impedido la respiración provocando la muerte. Y, por último, la permanencia cerca de 40 horas sobre una piedra sin asistencia hubiere impedido sobrevivir, en el caso que quedara un hálito de vida.

Las circunstancias extrínsecas.

1º El modo de proceder de los amigos. Que emplean cien libras de mirra y áloe y le envuelven en vendas (Juan 19, 39), y finalmente le entierran. No hubieran procedido así, de no estar seguros de su muerte.

2º El modo de proceder de sus enemigos, que no hubieran permitido la entrega del cuerpo de Jesús a sus amigos, mientras existiese la más mínima posibilidad de que estuviese vivo, porque recordaban la profecía de Jesús acerca de su resurrección (Mateo 27, 62 y siguientes)

3º El modo de proceder de las autoridades. Los verdugos no quiebran las piernas de Jesús al comprobar su muerte (Juan 19, 32 y siguientes). El centurión que custodiaba en la cruz la atestigua con un reconocimiento sencillo de su divinidad (Marcos 15, 39). Pilato manda hacer una investigación acerca de la realidad de su muerte (Marcos 15, 44)

4º El modo de proceder del pueblo judío, que admite en silencio y sin contradicción las acusaciones de Pedro que dice en diversos discursos *les distéis muerte a Jesús por manos de los infieles*. (Actas 2, 23) y *asesinasteis al autor de la vida* (Actas 13, 15).

5º El modo de proceder de Dios. Que anuncia la muerte de su Hijo mediante milagros sensacionales: se rasga el velo del templo (Marcos 15, 38), se quiebran las rocas, se abren los sepulcros (Mateo 17, 51) y el sol se oscurece (Lucas 23,45)

EL HECHO REAL DE LA RESURRECCIÓN

Existen documentos de plena autoridad sobre la resurrección

Las narraciones, aún tomadas en su extensión material, pertenecen a la substancia histórica de los evangelios, los cuales hemos probado su historicidad y autenticidad en otros artículos de esta sección.

La veracidad histórica se determina por la sencillez ingenua de la narración, que pasa por alto lo que no fue visto por testigos oculares, y describe lo que presenciaron los apóstoles y discípulos, así como sus reacciones, no siempre favorables, de rudeza, desconfianza, vacilaciones, etc.

Los testimonios de los evangelios adquieren su fuerza por estar escritos viviendo a los contemporáneos del suceso narrado, que les hubiera sido fácil alzar su voz para refutarlos, cosa que jamás hicieron.

San Pedro en su primera carta, escrita hacia el año 52, habla tres veces de la resurrección de Jesús.

San Lucas en Hechos habla de la resurrección de Jesús hasta su ascensión.

Los hechos contienen 6 discursos de San Pedro, y en todos comenta la resurrección. 6 discursos de San Pablo, que habla de la resurrección de Jesús. El modo de proceder de los apóstoles atestigua con fuerza la resurrección de Jesús, y la reacción de los oyentes del pueblo judío, que antes de haber pasado 2 meses del hecho, quedaban plenamente persuadidos del mismo, convirtiéndose 3000 a los 50 días.

Que a su vez expresan el convencimiento firmísimo de un grupo extenso de personas digna de toda fe

Los documentos poseen un peso excepcional, porque no representan la convicción de solo los autores, sino de toda la comunidad primitiva cristiana, que los avala con singular autoridad. Pues, los evangelios, según hemos visto, no son sino las tradiciones escritas de la Iglesia primitiva. San Pablo reconoce una fuente similar para sus afirmaciones acerca de la resurrección de Jesús: *Os he transmitido, en primer lugar, lo que yo mismo he recibido...que Cristo resucitó al tercer día, pues tanto yo como ellos (los demás apóstoles) esto predicamos y esto habéis creído (1 Corintios 15, 3 a 11).*

Calidad de los miembros. Aquellos primeros cristianos contaban entre sus miembros:

A) los apóstoles y demás discípulos de Jesús, testigos de su vida y de testigos oculares de los sucesos. B) 500 fieles que asistieron a la aparición del Señor en el Monte de Galilea, la mayor parte de los cuales vivían cuando S. Pablo en el año 56 invocaba su testimonio. C) Muchos miles de judíos de Israel y de la diáspora que comprobaron el suceso, contemplaron el sepulcro vacío, y en consecuencia se convirtieron a la fe. D) todos los demás fieles esparcidos por la cristiandad que recibieron su convicción por el trato directo con los apóstoles, con los compañeros de estos, o con otros testigos oculares.

La magnitud geográfica de aquella comunidad que avalaba el testimonio de la resurrección era imponente, tanto por el número de personas, como por su extensión geográfica (Ponto, Galacia, Capadocia, Asia Menor, Bitinia, Roma, Corinto, Éfeso, Filipos, Colosas, Tesalónica, Damasco, Antioquia, Chipre, Atenas, etc.).

La certeza de la convicción es inquebrantable. Pedro, cuando se propone sustituir a Judas por otro apóstol, propone simplemente elegir a un testigo de la resurrección (Actos 1, 32). San Pablo la considera tan central que, en caso de ser falsa, nuestra fe sería vana (1 Corintios 15, 12 a 19). Todos los apóstoles le dan tanta importancia, que en ella está enraizada la gracia de nuestra justificación (Romanos. 4, 25).

Antigüedad del testimonio. Todos estos testimonios nos conducen a los tiempos inmediatos a la resurrección. S. Mateo escribió en el año 41 a 49; la Primera Carta de San Pablo a los Tesalonicenses, hacia el año 50. La primera a los Corintios es del año 55, pero recuerda en ella lo que les predicó en el año 50. Pero las enseñanzas que les dio, estaban cristalizadas en fórmulas

breves, como vimos, que esgrimen que eran las catequesis que venían haciéndose mucho antes. Por ejemplo, en la carta a los Gálatas, declara el Apóstol que, en su visita a Jerusalén, el año 37 o 38, confrontó su doctrina con la de San Pedro, Santiago y Juan, los cuales nada tuvieron que advertirle en cuanto a la exactitud de sus enseñanzas.

Que se apoyan en fundamentos objetivos exentos de cualquier duda

Los argumentos en que se apoyan los apóstoles en su convicción inquebrantable, son **a)** el sepulcro vacío, y **b)** las apariciones.

FUNDAMENTO DEL SEPULCRO VACÍO:

La fuerza de este argumento es apodíctica con esta triple consideración **1)** El cadáver de Jesús fue depositado en un sepulcro que se cerró con una piedra y que al tercer día apareció vacío; por lo tanto, **a)** o el cadáver fue robado de la tumba, o **b)** o resucitado salió por sí mismo.

- 1) Consta por los 4 Evangelios y por San Pablo que Jesús fue sepultado en un sepulcro nuevo excavado en la roca, cerrado con una gran piedra, sellado por las autoridades y guardado por los soldados. Lo cual fue presenciado por José de Arimatea, Juan, María Madre de Jesús, las piadosas mujeres y gran multitud de judíos, los príncipes de los sacerdotes y fue aprobado por Pilato.
- 2) Los 4 Evangelios atestiguan que el sepulcro estaba vacío el domingo por la mañana; los príncipes de los sacerdotes confirman el hecho al entregar dinero a los soldados para que propalasen la mentira del robo efectuado por los apóstoles, y más de 8.000 judíos lo comprueban pocos días después al aceptar el hecho de la resurrección expuesto por Pedro.

Se opone a la posibilidad del robo por los apóstoles:

- 1) La probidad de los apóstoles, presente en todo el Evangelio, ya que resultarían reos de uno de los mayores sacrilegios, crimen absurdo que ni les procuraría dinero, pues seguían trabajando para vivir (Juan 21, 3), ni los llevaría a una vida cómoda, sino al martirio a través de muchos trabajos.
- 2) Los apóstoles eran víctimas del temor y de decaimiento, imposibilitados para una empresa como esa que requeriría gran audacia.

- 3) La imposibilidad física de que unos pocos hombres sin armas, venciesen a los soldados que custodiaban la tumba, rompiesen los sellos oficiales, retiraran la piedra sepulcral y se llevaran el cadáver sin que nadie lo advirtiese en la ciudad, ni viniese la cohorte militar al lugar de la lucha.
- 4) La atenta vigilancia de los judíos, atentos para que no se robase el cadáver. En el caso de que se hubiera sustraído el cuerpo por los apóstoles, hubieran investigado y hecho público el suceso, y entonces ni hubieran sobornado con dinero a los soldados para que mintieran, ni habrían dejado libres a los apóstoles que fueron citados ante el Sanedrín después de la curación milagrosa del tullido (Actas 4, 21)
- 5) Nótese que a los soldados no se les dio castigo, sino dinero.
- 6) Días más tarde fueron detenidos los discípulos sin que se les acusase para nada del pretendido robo.
- 7) La transformación inexplicable de los discípulos que, aterrados el día anterior por la pasión horrenda y la muerte infamante de Jesús, tímidos, vacilantes, perdida toda esperanza para el futuro, de repente surgen inflamados de un celo ardiente, provistos de una audacia sin límites, aún para ir a la muerte, e imbuidos de una firme convicción que tratan de infundir a todos.
- 8) El fruto obtenido de la conversión del todo el mundo, que en la hipótesis del robo se apoyaría en un fraude sacrílego. Tal hecho sería más maravilloso que la misma resurrección, y más todavía cuando aquella impostura había sido confirmada por los apóstoles con nuevos milagros. San Agustín dice: *He aquí tres cosas increíbles que son ya hechos reales: Increíble es que Cristo haya resucitado; increíble es que el mundo haya creído una cosa tan increíble, e increíble es que hombres de condición humilde e ínfima, pocos e ignorantes, hayan podido persuadir al mundo y a sus sabios de una cosa tan increíble. De estas tres cosas tan increíbles, nuestros adversarios se niegan a creer la primera; se ven obligados a contemplar la segunda, pero no aciertan a explicarla si no creen la tercera.*
- 9) La hipótesis del robo del cadáver por José de Arimatea ofrece, aumentadas, todas las dificultades vistas:
 - a) Porque para él no era una infamia sino un honor, el tener en su sepulcro el cuerpo de Jesús, como lo mostró presentándose a Pilato con audacia, no exenta de peligro, para pedirle el permiso de ese

enterramiento, pues debería ir, de lo contrario, a una fosa común. Consta que era discípulo de Jesús, que no había consentido en los actos de Sanedrín (Lucas 23, 50). Más absurda es la suposición por parte de los judíos sin permiso de Pilato, que no lo hubiera concedido, según las leyes del Imperio, sin que se enterasen los soldados que guardaban el sepulcro y sin que no hubieran confesado los príncipes de los sacerdotes para deshacer la persuasión creciente de que Cristo había resucitado, ante lo cual se mostraban impotentes.

LAS APARICIONES

Tenemos la descripción de 12 apariciones de Jesús resucitado, aun cuando los hechos dejan entrever que fueron frecuentes durante los 40 días que precedieron a la ascensión (Actas 1, 3). Todas las consideraciones críticas, que hemos visto en otros artículos, avalan la historicidad de los relatos acerca de la resurrección, y son especialmente aplicables a las apariciones.

Las apariciones conservadas son:

En la aurora Pascua, en Jerusalén: a María Magdalena y a pías mujeres, Marcos 16, 9; Juan 20, 11; Mateo 28,9.

En el día de Pascua en Jerusalén: A Pedro, Lucas 24, 34.

En la tarde de Pascua, en Jerusalén: A los discípulos de Emaús, Marcos 16, 12; Lucas 24, 13.

En la noche de Pascua: a diez Apóstoles, Marcos 16, 14; Lucas24, 36: Juan 20, 19.

Al día octavo de Pascua: Día octavo a los diez apóstoles, más Tomás, Juan 20, 24.

Entre el día noveno de la resurrección y la ascensión: A los discípulos, en Tiberiades, Juan 21, 1; a los apóstoles, en los montes de Galilea, Mateo 28, 16; Marcos 16, 15; a quinientos fieles, 1 Corintios 15 ,6; a Santiago, 1 Corintios 15, 7.

El día de la Ascensión: a los discípulos, Marcos 16, 9; Lucas 24, 44; Hechos 1, 4.

En el camino de Damasco, entre el años treinta y cuatro y treinta y seis, a Saulo, 1 Corintios 15,

La objetividad real de las apariciones consta **1)** tanto positivamente por las circunstancias que las acompañan, **2)** como por la imposibilidad de reducirlas a meras alucinaciones o ilusiones subjetivas.

1) Las circunstancias de las apariciones de Jesús manifiestan su realidad.

No afectan solo a la **vista**, sino también al tacto, y demás sentidos mediante los actos humanos más diversos. Jesús caminaba con sus discípulos (Lucas 24, 15) comía con ellos (Mateo 28, 9) permitía que le tocasen (Lucas 24, 39) hablaba con ellos y les explicaba las Sagradas Escrituras (Lucas 24, 27). En sus apariciones ofreció Jesús todas las pruebas que pudieran exigirse para la comprobación de una realidad.

2. Imposibilidad de considerar las apariciones como meras alucinaciones o ilusiones subjetivas.

a) Las alucinaciones repetidas supondrían una disposición patológica anormal, muy ajena a la contextura sana de los apóstoles, pescadores galileos, sobrios y fuertes, y supondrían juntamente un estímulo accidental del sistema nervioso, que no pudo darse en tantas y tan diversas personas, presas más bien del temor, del decaimiento del ánimo y de falta de esperanza en la resurrección. Tales ideas excitantes y sugestivas, necesarias para una alucinación o ilusión, están muy lejos de las mujeres que van al sepulcra preocupadas por la dificultad de mover la piedra; de María Magdalena, cuya primera idea es la del robo del cadáver por el jardinero; de los apóstoles que juzgan mera fantasía los relatos de las piadosas mujeres, o la de Saulo que camina a Damasco forjando planes para la destrucción de los cristianos.

b) Las apariciones en circunstancias muy definidas, que se describen con detalle y se presentan muy diferentes en las diversas escenas, pero que en cada caso son observadas por todos los presentes del mismo modo, a pesar de tratarse de personas de tipología psicológica diferente y hasta opuesta. Esto impediría la identidad en la alucinación patológica. Además, a los 40 días, habrían cesado de repente todos los supuesto fenómenos, lo cual sería inexplicable.

c) La actitud de los apóstoles ante las apariciones es de franca hipercrítica. Desprecian las manifestaciones de las piadosas mujeres como vanas imaginaciones femeninas (Marcos 16, 11); en los primeros momentos se inclinan a creer que se trata de un fantasma (Lucas 24, 37): No dan crédito a las afirmaciones de sus compañeros, como en el caso de Tomás (Juan 20, 25) y tienen que ser expresamente reprendidos por su desconfianza (Lucas 24, 25).

d) Sería absurdo reducir las apariciones a visiones producidas materialmente por Dios, haciéndole responsable de un error invencible en los apóstoles y de un fraude gravísimo, dado que Jesús pone el empeño en demostrar la realidad de su carne, sus huesos y heridas.

e) Lo mismo cabría decir de una explicación mística cuya fenomenología acaba abruptamente a los 40 días, sin volver a repetirse entre las demás gracias carismáticas de la primitiva Iglesia. Los apóstoles distinguieron muy bien estas apariciones, de otras visiones sobrenaturales posteriores. Pedro, verbigracia, habla muy distintamente de sus éxtasis ante la conversión de Cornelio (Actas 10). Lo mismo podemos decir de San Pablo que discierne claramente el hecho histórico (act 9, 1-19) de los éxtasis y raptos tenidos más tarde (1 Corintios 12, 2).

3) Las teorías de las visiones subjetivas de los apóstoles dejan sin solución el problema del sepulcro vacío.

VALOR APOLOGÉTICO DE LA RESURRECCIÓN.

La verdad relativa del milagro de la resurrección aparece manifiesta en frases explícitas de Jesús, por ejemplo, cuando después de arrojar a los mercaderes del templo, propone a los fariseos como prueba de sus poderes divinos el hecho de su propia resurrección (Juan 2, 19 a 21), o cuando, instado por los escribas a que les dé una señal de su autoridad sobrenatural, les anuncia su futura muerte y resurrección a los tres días conforme al símbolo de Jonás (Mateo 12, 38 a 43). Los apóstoles entendieron esta lógica y basaron sus enseñanzas principalmente en la resurrección.

VALORACIÓN TEOLÓGICA

DESDE EL PUNTO DE VISTA TEOLÓGICO ES DOCTRINA DE FE DIVINA Y CATÓLICA. Se contiene en la Sagrada Escritura y se propone solemnemente en los símbolos de la fe, verbigracia, el Niceno

Constantinopolitano. La profesión de fe impuesta a los valdenses es aún más explícita declarando que *resucitó con verdadera resurrección de su carne y verdadera vuelta de su alma a su cuerpo*. Que se trate de un verdadero hecho histórico, lo volvió a recalcar San Pio X contra los modernistas en el decreto *Lamentabili*, n° 36, y en la encíclica *Pascendi*.

CUESTIÓN COMPLEMENTARIA.

Otros dioses muertos y resucitados. Tampoco en este punto han faltado aficionados a las comparaciones superficiales en la historia de las religiones, como el más conocido de ellos: el de Osiris. Ante todo, hay que hacer notar que ningún historiador serio, ni aún los mismos fieles iniciados en esas religiones, estaban convencidos de la realidad de esos mitos. Baste recordar a grandes rasgos, como ejemplo de lo absurdo, el que nos ha sido transmitido con más detalle: El de Osiris, para que salte a la vista lo vano de tales comparaciones:

Osiris, hijo del dios-tierra, Qeb y de la diosa-cielo, Nuit, era venerado en el delta del Nilo como el dios de la vegetación. Representaba asimismo la tierra árida, que viene inundada todos los años por las aguas del Nilo y emerge con nueva fecundidad. De ahí, llegó a representar la fuerza que da nueva vida periódicamente, a la naturaleza del mundo vegetal. Probablemente, por la fusión con otra divinidad, llegó a ser asimismo el dios-rey civilizador de Egipto, que organizó favorablemente el anterior caos del país, con la ayuda de su hermana y esposa, la diosa Isis. Set, su hermano gemelo, representante del Egipto superior, enemigo de la religión del delta, envidioso de su hermano, le dio muerte, dividiendo su cuerpo en pedazos que arrojó al mar, y se apoderó de su trono. Isis huyó de su patria y ayudada por el dios Anubis logró encontrar todos los miembros de su descuartizado esposo y reconstruir su cuerpo, pero sin restituirle a la vida. Consiguió, sin embargo, ser fecundada por él y dio a luz un hijo, Horus, que al llegar a su edad adulta se constituyó en vengador de su padre, embalsamó su cuerpo y fundó los ritos funerarios gracias a los cuales Osiris consiguió la vida de ultratumba y el imperio en la región de los muertos, donde quedó divinizado.

Es difícil establecer verdaderas relaciones de analogía entre tales leyendas absurdas y la resurrección de Jesús, para deducir un influjo cualquiera de aquéllas en ésta. Pero la dificultad se hace insoluble cuando se recuerda el

horror que los primeros cristianos sentían por los mitos de los misterios paganos.